

Un apéndice legislativo, que recoge exclusivamente cánones del C.I.C. de 1983 —cánones 113 a 123, *De Personis iuridicis*; 215 y 223, *De omnium christifidelium obligationibus et iuribus*; 298 a 311, *De Christifidelium consociationibus, Normae Comunes*; 312 a 320, ídem, *De Christifidelium consociationibus publicis*; 321 a 326, ídem, *De Christifidelium consociationibus privatis*; 327 a 329, ídem, *Normae speciales de laicorum consociationibus*—, y una bibliografía sustancial (en la que figuran, sobre veinticinco títulos, dos españoles, Del Portillo y Martínez Sistach; predominando los de lengua alemana) cierran el volumen, digno de aprecio en orden a una primera aproximación al tema y a un primer contacto con su regulación en los ordenamientos canónico y alemán.

ALBERTO DE LA HERA.

VALDÉS BUNSTER, Gustavo: *El poder económico de los jesuitas en Chile (1593-1767)*, Santiago de Chile 1985, 144 págs.

En la librería de Santiago de Chile en la que adquirí este volumen —durante la celebración, en septiembre de 1985, del Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano—, la obra de Valdés Bunster se ofrecía como una novedad editorial, y en los anaqueles del establecimiento se amontonaban no menos de cincuenta ejemplares del libro. Me sorprendió agradablemente ese presunto interés del público por la Historia, en un país en el que radica una Escuela de historiadores que goza del máximo respeto en todo el ámbito del americanismo mundial.

Reconozco que, pese a mis contactos, intensos y frecuentes, con esta Escuela, de la que tanto he aprendido, y en la que florecen nombres que están hoy a la cabeza de nuestra especialidad científica, el nombre de Valdés Bunster me resultaba aún desconocido. Supe por esta obra que se trata de un joven historiador, el cual se dedica a la investigación privada de la Historia chilena, después de algunos años empleados en la docencia en diversos centros académicos de su patria. Sus publicaciones son ya numerosas —artículos en diferentes revistas— y ésta es su primera monografía editada en forma de libro.

El autor ha dispuesto de un material abundante y del más alto interés, y debo adelantar que ése es el principal atractivo de la presente publicación. Sobre los jesuitas en Chile existen, más que sobre otros países, excelentes estudios, desde las obras clásicas de Olivares (siglo XVIII) y sobre todo Enrich (XIX), a la más reciente de Astrain. Junto a ellos, los archivos resultan extraordinariamente ricos, y aunque el autor se ha limitado a la consulta de los que radican en el propio Chile, bastarían éstos para justificar una obra cuyo cometido sea el de ofrecer al lector la mayor información posible sobre la documentación que allí se conserva.

Hay, pues, que agradecer a Valdés Bunster su esfuerzo en seleccionar información y ponerla a disposición de los estudiosos. Sin embargo, estimo que el autor podrá más adelante presentarnos mejores frutos de su labor, cuando perfeccione sus métodos de trabajo y desarrolle su propia formación como historiador. Porque, en efecto, por ambas partes encontramos lagunas y defectos en el volumen que comentamos. Convendrá precisarlo con mayor detalle en el marco de un examen global del contenido de la obra.

El Índice general, en exceso esquemático, se limita a dar razón de que el libro contiene una nota de agradecimientos, un Prólogo, una Introducción, una referencia a los antecedentes bibliográficos y a la metodología, seis capítulos, unas conclusiones, seis apéndices, bibliografía y fuentes, e Índice de gráficos y mapas; quizá demasiado para un volumen de menos de 150 páginas.

Dejando aparte las líneas de agradecimiento, así como el Prólogo laudatorio que firma el Prof. Arturo Valdés Phillips —ignoro si tiene algún significado la coincidencia de apellido con el autor del volumen—, la Introducción que Valdés Bunster pone a su obra tiene como objeto resaltar el interés del libro, cuyo origen fue una tesis de grado leída en la Universidad de Chile en 1980, y cuya estructura la propia Introducción someramente describe.

Las más notables fuentes usadas se reseñan en el par de páginas dedicadas a los antecedentes bibliográficos y a la mención de las colecciones documentadas.

Y, en fin, la obra se abre propiamente con el capítulo I: diez páginas sobre la Iglesia en los tiempos anteriores a la fundación de la Compañía y sobre esta fundación encuadrada en el marco de la Contrarreforma. Sobre el valor de estas páginas, juzgue el lector por sí mismo. Bastarán algunos botones de muestra; uno pudiera ser este «resumen» de la Historia de la Iglesia en la Edad Media: «Durante la Edad Media, el Papado, cabeza máxima de la institución católica, llegó a tal oscurantismo que el propio Pontífice escribía sus cartas oficiales en un papel que ostentaba como encabezamiento una invocación en árabe a la gloria de Alá y Mahoma su Profeta. En 1054, la autoridad del Obispo de Roma fue desdeñada y la Iglesia se escindió en dos grandes ramas: la Iglesia 'Católica' y la Iglesia 'Ortodoxa'. Luego vinieron las Cruzadas, en que la autoridad y prestigio del Papado se acrecentó con la solidaridad de la gran mayoría de los caballeros de la Europa occidental. Sin embargo, este estado de cosas no perduró mucho tiempo, ya que el fortalecimiento del Imperio-Romano-Germánico provocó la rivalidad entre el Emperador y el Pontífice. Uno y otro exigía el derecho a nombrar los obispos, arzobispos y otras dignidades eclesiásticas, así como también el derecho de nombrar reyes y príncipes. Esta larga lucha entre el Pontificado y los príncipes, conocida como la 'Querrela de las investiduras', provocó la guerra, la prisión del Papa por parte del Rey de Francia, el saqueo de Roma por parte de los alemanes, la elección de un Antipapa y otros hechos ignominiosos para una entidad que basaba su prestigio en las enseñanzas de Jesucristo y su autoridad en la honrosa conducta de sus patriarcas.»

Ciertamente podría concluir aquí este estudio, pues no difieren notablemente los siguientes capítulos de este primero, y el lector, con la lectura de estas primeras páginas, conoce ya el tono de las restantes. Aun en el primer capítulo se describirá a León X, sencillamente, como «un vividor de la familia de los Médici»; se escribe que «se nombraba a hijos y parientes como cardenales cuando aún no les salía la barba»; se afirma que «los Reyes Católicos tuvieron sólo una hija, Doña Juana», que «Felipe el Hermoso falleció muy joven, provocando la locura de su esposa», y que «de esta unión nació un único heredero: Carlos», quien «a la muerte de su abuelo Fernando el Católico, tomó posesión de un vasto Imperio».

Así se resumen los orígenes de la Reforma: en «1517, un monje dominico llamado Teztel, recorría las Cortes de los príncipes alemanes, comisionado por el Papa León X, para vender Indulgencias con el 'pío' objeto de recaudar fondos para reconstruir la basílica de San Pedro en Roma. Mero exceso del Médici, quien poseía un jardín zoológico particular que incluía hasta elefantes y recibía dineros de toda la cristiandad. El comisionado papal, Teztel, no era un hombre cualquiera: había compuesto un tratado de noventa y cinco tesis teológicas que avalaban las indulgencias. Y esto fue demasiado».

En fin, no es la historia de la Iglesia el tema central del volumen, sino la de los jesuitas en Chile. Para desarrollarlo ha creído también oportuno al autor incluir en este primer capítulo unos párrafos sobre la historia de la Compañía de Jesús; pueden leerse a partir de la página 19, una vez concluida la temática introductoria antedicha. En ellos, la anécdota, no del todo exacta, prima sobre la historia, sin que tampoco ésta sobresalga por su precisión.

El capítulo II, muy breve, describe la organización interna de la Compañía de Jesús; sería aconsejable comprobar no pocos datos para evitar inexactitudes que desorientarían al lector poco avisado.

El capítulo III describe la llegada de los jesuitas a Chile y sus actividades allí durante los dos siglos escasos que median hasta la expulsión; el tema se completa en el capítulo IV. En ambos son abundantes los mapas, cuadros, planos y fotografías. Se trata de los dos capítulos que justifican el título del volumen, y el autor ofrece en ellos la información extraída de la documentación que ha tenido ocasión de manejar; en todo caso, las fuentes hablan siempre por sí mismas para quienes sepan entender su lenguaje. El autor se ha esforzado en la elaboración de los antedichos elementos gráficos, que pueden resultar de especial utilidad, pues son numerosos y contruidos con detalle.

Es difícil para el analista crítico comprobar la precisión de los hechos narrados, cuando éstos se apoyan en fuentes inéditas o desconocidas; algunas referencias de carácter general deben corregirse, como la que alude al Prepósito General de la Compañía de Jesús, Tirso González de Santalla, una vez como Tirso González de Molina y otra —lo que resulta más pintoresco aún— como el «Padre Tirso de Molina»; el mismo P. González de Santalla es calificado de «apasionado teólogo del Probabilismo», frase equívoca, ya que este General de los Jesuitas fue precisamente, entre los teólogos de su época, el principal adversario del Probabilismo y más caracterizado defensor de la opuesta doctrina probabiliorista. Dado que son hechos sumamente conocidos, sobre los que es difícil suponer ignorancia, hay que pensar que el volumen ha sido redactado de prisa, sin comprobar, y con base en una memoria poco fiable.

Vuelve el capítulo V a describir períodos y acontecimientos de la Historia de la Iglesia extraños al caso chileno; en concreto, describe las causas de la decadencia de la Compañía en el siglo XVIII, su extrañamiento de los reinos católicos y su extinción por el Papa Clemente XIV. También ahora un botón de muestra resultaría lo bastante ilustrativo del contenido del capítulo: por ejemplo, el texto de las páginas 89-90 reduciendo a una conseja, a una intriga ridícula, la tan estudiada y analizada decisión de Carlos III de expulsar a los jesuitas. El último Prepósito General, el italiano Lorenzo Ricci, es llamado Laurent Ricci; tal vez porque el traductor de una cita francesa no reparó en que debía traducir también el nombre propio.

El capítulo VI versa sobre la expulsión de los jesuitas de Chile. La información procede de las fuentes originales consultadas y vuelve a tener el valor que éstas siempre conservan. Y resultan de utilidad evidente los varios apéndices que tratan del «Modo de adquisición de los bienes jesuitas en Chile», los «Activos jesuitas», la «Tasación de las Comisiones», «Industrias Agrícolas», «Detalle de tasación de propiedades jesuitas del Obispado de Concepción», y «Temporalidades jesuitas en Chile en orden decreciente»; todos ellos elaborados con datos de las fuentes consultadas, que se reseñan al final del volumen.

Por encima de todo ello, resplandece en estas páginas el testimonio histórico de la asombrosa labor realizada en Chile, durante dos siglos, por la Compañía de Jesús; así como de la catástrofe que para aquel pueblo significó la expulsión de los jesuitas. Realizaron una labor misional excepcional y, al mismo tiempo, desarrollaron la industria, la agricultura, la educación, hasta límites insospechables. Chile les debe muy buena parte de su desarrollo en los siglos XVI a XVIII, y tardó mucho en recobrase —si se recobró— de la pérdida de una vida cultural y económica florecientes, propiciada por los jesuitas hasta su extrañamiento de los reinos hispánicos. Tal es, por encima de todo, la enseñanza que ha de desprenderse de la lectura de la documentación recogida en estas páginas.

ALBERTO DE LA HERA.